



Retiro sacerdotal Semana Pastoral 2009

Me alegro de sufrir por vosotros: así completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado ministro, asignándome la tarea de anunciaros a vosotros su mensaje completo: el misterio que Dios ha tenido escondido desde siglos y generaciones y que ahora ha revelado a sus santos. A éstos Dios ha querido dar a conocer la gloria y riqueza que este misterio encierra para los gentiles: es decir, que Cristo es para vosotros la esperanza de la gloria.

Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para que todos lleguen a la madurez en su vida en Cristo: ésta es mi tarea, en la que lucho denodadamente con la fuerza poderosa que él me da.

Quiero que tengáis noticia del empeñado combate que sostengo por vosotros y los de Laodicea, y por todos los que no me conocen personalmente.

Busco que tengan ánimos y estén compactos en el amor mutuo, para conseguir la plena convicción que da el comprender, y que capten el misterio de Dios.

Este misterio es Cristo, en quien están encerrados todos los tesoros del saber y del conocer.

Lc 6, 6-11:

Un sábado entró Jesús en la sinagoga a enseñar.

Había allí un hombre que tenía parálisis en el brazo derecho.

Los escribas y los fariseos estaban al acecho para ver si curaba en sábado, y encontrar de qué acusarlo.

Pero él, sabiendo lo que pensaban, dijo al hombre del brazo paralítico:

Levántate y ponte ahí en medio.

Él se levantó y se quedó en pie.

Jesús les dijo:

Os voy a hacer una pregunta: ¿Qué está permitido en sábado, hacer el bien o el mal, salvar a uno o dejarlo morir?

Y, echando en torno una mirada a todos, le dijo al hombre: Extiende el brazo.

Él lo hizo, y su brazo quedó restablecido.

Ellos se pusieron furiosos y discutían qué había que hacer con Jesús.

La curación del hombre con el brazo derecho paralizado está situada en el contexto de la discusión de Jesús con los fariseos sobre la recta observancia del sábado. El capítulo sexto ha comenzado narrando la protesta de los fariseos porque los discípulos de Jesús cortaban en sábado espigas de los sembrados y las comían. Jesús ha respondido refiriéndose al proceder de David, cuando dio de comer a sus gentes los



panes ofrecidos en el templo, que sólo podían comer los sacerdotes. Y la respuesta ha concluido con la programática declaración de Jesús: *“El Hijo del hombre es señor del sábado”* (Lc 6, 5).

Con esta provocativa declaración de Jesús, que le hace igual a Dios¹, se indica el sentido de la milagrosa curación que se comienza a narrar en el versículo siguiente: Jesús muestra la verdad de su señorío sobre el sábado con ésta y otras obras, que el Padre le da poder para realizar (Jn 10, 25-26)². En efecto, con esta curación ha respondido también Jesús a la pregunta por él mismo formulada: *¿Qué está permitido en sábado, hacer el bien o el mal? ¿Salvar una vida o destruirla?* (Lc 6,). *¿Se puede curar en sábado, o no?* (Lc 14, 3).

En la versión de Mateo, Jesús ofrece, antes de la curación, esta justificación: *“Si alguno de vosotros tiene una oveja y se le cae en un hoyo un día de sábado, ¿no le echa mano y la saca? Pues un hombre vale mucho más que una oveja. Por tanto, se puede hacer el bien sábado”* (Mt 12, 11-12).

Y el Evangelio de Juan aporta también otra explicación de Jesús: *“Si circuncidáis a un hombre en sábado, para no faltar a una ley impuesta por Moisés, ¿por qué os habéis indignado tanto contra mí por haber curado totalmente a un hombre en sábado?”* (Jn 7, 23). Mas lo verdaderamente decisivo es la acción curativa de Jesús, que anuncia y realiza la llegada del Reino de Dios, que restaura todas las cosas en su armonía primera recibida de Dios. La orden de Jesús: *“Extiende el brazo”* testimonia la

¹ El Evangelio de Juan explicita que el señorío de Jesús sobre el sábado le hace igual a Dios. *“Mi Padre no cesa nunca de trabajar, por eso yo trabajo también en todo tiempo. Esta afirmación provocó en los judíos un mayor deseo de matarlo, porque no sólo no respetaba el sábado, sino que además decía que Dios era su propio Padre, y se hacía igual a Dios”* (Jn 5, 17-18).

² *“Las obras que yo hago por la autoridad recibida de mi Padre dan testimonio de mí; vosotros, sin embargo, no me creéis”* (Jn 10, 25-26). *“Es el Padre, que vive en mí, el que está realizando su obra... si no creéis en mis palabras, creed al menos en las obras que hago”* (Jn 14, 10-11). *“Yo no puedo hacer nada por mi cuenta..., sino que cumplo la voluntad del que me ha enviado”* (Jn 5, 30). *“Una prueba evidente de que el Padre me ha enviado es que realizo la obra que el Padre me encargó llevar a cabo”* (Jn 5,36).



voluntad de Dios de restaurar al hombre como imagen suya por la palabra de su Hijo eterno, por medio de la cual fueron creadas todas las cosas.

Por ello, curar en sábado es restaurar al hombre para glorificar a Dios creador; es hacer que la criatura humana sea en sí misma una imagen más perfecta de Dios, y en canto a la gloria de Dios y a la obra de sus manos; es hacer posible una mirada complaciente de Dios sobre el hombre, salido de sus manos “muy bueno”; es trabajar para regalar a Dios un sábado gozoso. Hacer el bien es la obra humana que más corresponde al sábado; es la forma más perfecta de guardar el sábado. Así se comprende mejor cómo el señorío del Hijo del hombre sobre el sábado tiene como consecuencia que *“el sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado”*, como explicita la narración de la misma escena en el Evangelio de Marcos (Mc 2, 27).

Pero el misterio de Dios todavía estaba escondido para los fariseos, que no supieron reconocer la manifestación de su gloria y riqueza en Cristo. En lugar de aceptar su enseñanza, estaban al acecho para ver si curaba en sábado y se pusieron furiosos y discutían qué había que hacer con Jesús.

Lo que había que hacer con Jesús es más explícito en la versión de Marcos: *“En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para planear el modo de acabar con él”* (Mc 3, 6).

La versión de Marcos es también más explícita y dura al describir la mirada de Jesús sobre los fariseos; Marcos escribe, en efecto, que Jesús los miró *“con indignación y apenado por la dureza de su corazón”* (Mc 3,5).

Estos dos detalles, suavizados por Lucas con misericordia, expresan más claramente la valoración negativa que Jesús hace de la actitud de los fariseos. Y este juicio está explícitamente manifestado en el Evangelio de Juan: *“Os conozco muy bien y sé que no amáis a Dios”* (Jn 5,42). *“El que es de Dios, acepta las palabras de Dios; pero vosotros no sois de Dios, y por eso no las aceptáis”* (Jn 8, 47). *“¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Sencillamente porque no queréis aceptar mi palabra. Vuestro Padre es el diablo; le pertenecéis a él, e intentáis complacerle en sus deseos”* (Jn 8, 42-44).

Nosotros procuramos entender el lenguaje de Jesús, queremos aceptar cada vez con más perfección las palabras de Dios, que Jesús nos transmite; y anhelamos ser totalmente de Dios.

Al comienzo de un nuevo año pastoral renovamos nuestro compromiso de dedicación plena y gozosa al anuncio del misterio de Cristo y buscamos en el testimonio apostólico la indicación del camino a seguir y el aliento para sufrir por el Evangelio.

La enseñanza central del texto leído de Colosenses es el misterio de Cristo, que Dios ha tenido escondido desde siglos y generaciones y que ahora ha revelado a sus santos, para darles a conocer la gloria y riqueza que este misterio encierra: Cristo, que es la esperanza de la gloria (cf. Col 1, 26-27) y en quien están encerrados todos los



tesoros del saber y del conocer (cf. Col 2, 3); *“porque es en Cristo hecho hombre en quien habita la plenitud de la divinidad”* (Col 2,9).

El significado salvador de Cristo para todos los hombres, según el plan misterioso de Dios, lo ha expuesto la carta a los Colosenses con amplio detalle en el himno que constituye el contenido central de la carta. En él se confiesa a Cristo como la imagen de Dios invisible y el primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas y todas tienen en él su consistencia; Cristo existe antes que todas las cosas y todo lo ha creado Dios por él y para él. Cristo es también la cabeza de la Iglesia, su Cuerpo, porque Dios ha tenido a bien reconciliar consigo todas las cosas por medio de Cristo y traer la paz por su sangre derramada en la cruz (cf. Col 1, 15-20).

A todos los creyentes en Cristo, Dios Padre nos ha arrancado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado, de quien nos viene la liberación y el perdón de los pecados (cf. Col 1, 13-14). Por la muerte que ha sufrido en su cuerpo, Cristo nos ha reconciliado con Dios y ha hecho de nosotros su pueblo, un pueblo sin mancha ni reproche en su presencia (cf. Col 1, 22).

Según la carta a los Efesios, el misterio de Cristo *“consiste en que todos los pueblos comparten la misma herencia, son miembros de un mismo cuerpo y participan de la misma promesa hecha por Cristo Jesús a través de su Evangelio”* (Ef 3, 6).

A Pablo lo ha nombrado Dios ministro del Evangelio y le ha asignado la tarea de anunciar el misterio de Cristo (cf. Ef 3, 1-9). Él cumple esta tarea y amonesta y enseña con los recursos de la sabiduría y con la fuerza poderosa que Dios le da (cf. Col 1, 28-29).

El anuncio del misterio de Cristo implica personalmente al apóstol en el mismo misterio³. Por ello, desde que recibió la revelación del misterio de Cristo, Pablo lo considera todo irrelevante comparado con el conocimiento de Cristo, su Señor (Flp 3,7); y sólo quiere gloriarse en la cruz de Cristo (Gal 6,14). Se sabe crucificado con Cristo (Gal 2,19) y está seguro de que, tanto si vive como si muere, Cristo manifestará en su cuerpo su gloria. Porque para él la vida es Cristo y morir significa una ganancia (cf. Flp 1, 18-21).

³ “Un auténtico servicio a la Palabra requiere por parte del sacerdote que tienda a una profunda abnegación de sí mismo, hasta decir con el Apóstol: ‘Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí’. El presbítero no puede considerarse dueño de la palabra, sino su servidor... Ahora bien, para el sacerdote ser voz de la Palabra no constituye únicamente un aspecto funcional. Al contrario, supone un sustancial ‘perdersé’ en Cristo, participando en su misterio de muerte y de resurrección con todo su ser: inteligencia, libertad, voluntad y ofrecimiento de su cuerpo, como sacrificio vivo (cf. Rom 12, 1-2). Sólo la participación en el sacrificio de Cristo, en su kénosis, hace auténtico el anuncio. Y este es el camino que debe recorrer con Cristo para llegar a decir al Padre juntamente con él: ‘No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú’ (Mc 14, 36). Por tanto, el anuncio conlleva siempre también el sacrificio de sí, condición para que el anuncio sea auténtico y eficaz”. (Benedicto XVI. Audiencia del miércoles 24 de junio de 2009. Ecclesia del 1 de agosto, p. 25).



Desde esta experiencia de inserción personal en el misterio pascual de Cristo, interpreta el apóstol el significado de su sufrimiento en el anuncio del Evangelio y confiesa: *“todo lo soporto por amor a los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación de Jesucristo y la gloria eterna”* (2 Tim 2, 8-10). *“Y aunque tuviera que ofrecermé en sacrificio al servicio de vuestra fe, me alegraría y congratularía con todos vosotros”* (Flp 2, 17), *“hijos míos, por quienes estoy sufriendo de nuevo dolores de parto hasta que Cristo tome forma definitiva en vosotros”* (Gal 4,19).

Este sufrimiento no es sólo fruto del acoso y la persecución causados por los que se oponen a la predicación del Evangelio, sino también de la maternal solicitud del apóstol por el proceso de desarrollo de la fe de los bautizados. El mismo apóstol lo refiere: *“Los aventajo en fatigas, en prisiones, no digamos en palizas y en las muchas veces que he estado en peligro de muerte... a menudo noches sin dormir, hambre y sed, muchos días sin comer, frío y desnudez. Y a todo esto añádase la preocupación diaria que supone la solicitud por todas las iglesias. Porque ¿quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién es puesto en trance de pecar sin que yo me abraza por dentro?”* (2 Co 11, 23.27-29; cf. 2 Co 4, 8-11; 6, 4-10).

Este segundo aspecto es que el apóstol acentúa en los textos citados como razón de ser de su sufrimiento y sacrificio de su vida: para que los elegidos alcancen la salvación de Jesucristo y la gloria eterna, y Cristo tome forma definitiva en ellos.

En este contexto encuentra su sentido la afirmación semejante del texto de Colosenses: *“Me alegro de sufrir por vosotros: así completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia”* (Col 1, 24).

Pero hay en esta declaración un aspecto literalmente diferente y llamativo, que ha sido objeto de diversas interpretaciones a lo largo de los siglos⁴: con el sufrimiento por la Iglesia, el apóstol completa en su carne los dolores de Cristo.

⁴ Bastantes autores, siguiendo a San Agustín y Santo Tomás, han explicado la frase de esta manera: La Iglesia, cuerpo místico de Cristo, debe ser en todo conforme con su cabeza y participará en la gloria de Cristo sólo participando en sus sufrimientos. Jesucristo ya padeció lo que le correspondía según el designio del Padre; ahora falta que los miembros padezcan lo que les corresponde para conformarse con su cabeza. No falta nada a los sufrimientos personales de Cristo, que fueron de valor infinito y merecedores de la redención eterna; lo que falta y el apóstol Pablo quiere completar, son los padecimientos previstos por Dios para el cuerpo místico de Cristo.

Otros autores, sin negar la verdad de lo anterior, creen que no hay base para interpretar de esa manera el sentido literal de la frase del apóstol. Según estos autores la obra de Cristo quedó incompleta en lo que se refiere a las tribulaciones necesarias para dar a conocer su Evangelio a todo el mundo hasta el final de los tiempos, de manera que la salvación conseguida por el sufrimiento redentor de Cristo llegue de hecho a todos los hombres. Puede decirse que los trabajos de Cristo en orden a la conversión del mundo quedaron incompletos y deben ser completados por los predicadores del Evangelio, sufriendo como Pablo toda clase de tribulaciones. Cristo mismo alienta y da fuerza a los testigos del Evangelio; y es para éstos un honor participar unidos a Cristo, mediante el sufrimiento por el anuncio del Evangelio, en



Es claro que los dolores de Cristo han sido suficientes para la redención de los hombres. Lo que el apóstol completa en su carne son los dolores de Cristo que habrían sido necesarios para hacer llegar efectivamente los frutos de su redención a los hombres de todas las épocas. Esta es la misión recibida de Cristo por el apóstol: hacer llegar a todos los hombres la salvación de Cristo mediante el testimonio del Evangelio. El sufrimiento del apóstol en esta misión es un gozoso honor y una forma de colaborar con Cristo en la realización efectiva de su obra de redención de todos los hombres.

Queridos hermanos sacerdotes: todos tenemos hoy sobrada experiencia de la dificultad de la misión pastoral, del sacrificio que requiere el testimonio del Evangelio, y del sufrimiento que produce la aparente ineficacia de tantas de nuestras actividades. Por ello, ha sido providencial que la *lectio continua* de esta Eucaristía nos haya presentado el texto de Colosenses, que venimos comentando. El testimonio del apóstol es una ardiente invitación a que asumamos todos nosotros su mismo programa de vida apostólica: la dedicación generosa y total al anuncio del misterio de Cristo, para hacer posible al hombre de hoy el gozoso descubrimiento de su propio misterio y acompañarle en su camino espiritual hacia la plena madurez en Cristo. Bendito y glorioso sea el sufrimiento personal que para ello sea necesario, Con alegría entregamos la vida en sacrificio de amor, en comunión con Cristo, para hacer nuestra su experiencia del amor más grande, que da la vida por sus amigos. Este es el camino de nuestra propia perfección personal en el ejercicio del ministerio.

En este año sacerdotal, acogemos la exhortación de Benedicto XVI a asumir el ideal pastoral que nos ha legado el Santo Cura de Ars. Me refiero ahora solamente a un aspecto resaltado por el Papa en su homilía en la celebración de Vísperas que dio inicio al Año Sacerdotal.

“Para ser ministros al servicio del Evangelio es ciertamente útil y necesario el estudio, con una esmerada formación teológica y pastoral, pero más necesaria es la “ciencia del amor”, que sólo se aprende de “corazón a corazón” con Cristo. Él nos llama a partir el pan de su amor, a perdonar los pecados y a guiar el rebaño en su nombre. Precisamente por este motivo no debemos alejarnos nunca del manantial del amor, que es su corazón traspasado en la cruz. Sólo así podemos cooperar eficazmente al misterioso designio del Padre, que consiste en hacer de Cristo el corazón del mundo. Designio que se realiza en la historia en la medida en que Jesús se convierte en el

la gran obra de la redención del mundo. Cf. Lorenzo Turrado, *Biblia Comentada* VI. Madrid (BAC) 1965, 627-628.

No pocos exegetas modernos consideran “las tribulaciones de Cristo” como las penas y sufrimientos del mismo Pablo, las cuales él padece a semejanza e imitación de Cristo. El genitivo de *Cristo* sería genitivo de semejanza, llamado también *genitivo místico*. Serían sufrimientos de Cristo los sufrimientos del apóstol, que obra en nombre y representación de Cristo. El apóstol, y el cristiano, es una reproducción mística del mismo Cristo. Cf. Pastor Gutiérrez, *La Sagrada Escritura. Nuevo Testamento II*. Madrid (BAC) 1965, 837.



Carlos López Hernández

corazón de los corazones humanos, comenzando por aquellos que están llamados a estar más cerca de él, precisamente los sacerdotes... Incluso nuestras carencias, nuestros límites y debilidades deben volvernos a conducir al Corazón de Jesús... También se dirige a nosotros, queridos sacerdotes, el llamamiento a la conversión y a recurrir a la misericordia divina; debemos dirigir con humildad una súplica apremiante e incesante al Corazón de Jesús para que nos preserve del horrible peligro de dañar a aquellos a quienes debemos salvar.”

Personalmente, suplico hoy a Dios, en nombre de todos nosotros, que nos conceda el amor necesario para perseverar con fidelidad en la misión y en el sufrimiento que lleva consigo; y que nos otorgue la gracia de asumir por amor este sufrimiento como fuente de felicidad: como Jesús fue feliz en la cruz, porque obedecía al Padre por amor, para la salvación de los hombres.

7 de septiembre de 2009